

Voces de ultratumba y de futuro*

RAÚL LUGO

Introducción

Desta familiar comunicación con los indios, dice el cronista Herrera, resultó que algunos dieron á entender que cerca de aquella Isla, en Tierra firme de Yucatán, había hombres semejantes á los españoles con barbas, y que no eran naturales deste reino, con que tuvo ocasión Hernando Cortés de buscarlos. Bernal Díaz asigna otra causa, y dice: Que como hubiese oído el general á los soldados que vinieron con Francisco Hernández de Córdova, que los indios les decían ‘Castilan, Castilan’, señalando al oriente, que llamó al mismo Bernal Díaz y á un vizcaíno llamado Martín Ramos, y les preguntó, que si era como se decía; y respondiéndole que sí, dijo el general, que presumía haber españoles en Yucatán, y sería bueno hacer diligencia entre los indios. Mandó el general llamar á los caciques, y por lengua del indio Melchor (que ya sabía algún poco de la castellana, y la de Cozumel [Cuzamil] es la misma que la de Yucatán) se les preguntó si tenían noticia de ellos. Todos en una conformidad respondieron que habían conocido unos españoles en esta tierra, y daban señas dellos, diciendo que unos caciques los tenían por esclavos...

12

EstePaís cultura

Con estas palabras inicia fray Diego López de Cogolludo, en el capítulo VI de su *Historia de Yucatán*, la narración del reencuentro de Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar, que junto con Francisco del Puerto, náufrago de la expedición de Solís al Río de la Plata, son los tres náufragos que, ya desde los inicios

* Palabras leídas el 26 de marzo de 2010, en la presentación del libro *Guerrero en mi estudio*, esperpento teatral de José Ramón Enríquez (Colección Cuadernos de Dramaturgia Mexicana no. 29, Ediciones y Producciones Escénicas Paso de Gato con el apoyo del H. Ayuntamiento de Mérida, México, 2010).

- Apasionado del teatro y la literatura y autor de cuentos, Raúl Lugo Rodríguez es presbítero católico. Junto con un grupo de mujeres trabaja en la promoción y defensa de los derechos humanos. Asimismo, acompaña a campesinos mayas en la escuela “U Yits Ka’an” de Maní, y trabaja en el apoyo a personas afectadas por el VIH/SIDA.

de la invasión europea, sobreviven entre la palabra y el silencio.¹

Gonzalo Guerrero ha pasado a ser, de traidor a su raza y gente, un personaje entrañable para quienes vivimos en esta Patria Grande que llamamos América Latina. La historia del primer mestizaje voluntario, amoroso, arrebata nuestra imaginación, alejándonos de aquel otro mestizaje original, simbolizado en Martín Cortés, hijo de Hernán Cortés y doña Marina, mejor conocida como la Malinche. Después de haberla usado, el conquistador español, borracho y cerca de Orizaba, la casó a la fuerza con uno de los suyos, un tal Juan Jaramillo, lo que haría exclamar más tarde a la Malinche que “Dios le había hecho mucha merced en quitarla de adorar ídolos, y ser cristiana, y tener un hijo de su amo y señor Cortés, y ser casada con un caballero, como su marido Juan Jaramillo”.² Mestizaje por violencia y violación, que después habría de ser la habitual conducta de quienes vinieron a saquear estos suelos y a someter a sus habitantes originarios. En contraposición, Gonzalo Guerrero representa para muchos la prueba de que los mexicanos no son “herederos de un mal nacimiento, causa de sentimientos de autodevaluación, subestimación y sometimiento ante el extranjero... sino producto del amor y de la admiración de un español por la cultura maya”.³

Mi relación con *Guerrero en mi estudio* tiene una larga historia. Cuando la obra aún era un bosquejo sin terminar, José Ramón solicitó mi opinión sobre el texto. Más tarde, quedé encantado con la espléndida puesta en escena y la manera como Analí, Socorro, Miguel Ángel, Paco y Pablo dieron vida a los personajes.

¹ Así titula su ensayo la autora italiana, especialista en literatura hispanoamericana, Rosa María Grillo: “Francisco del Puerto, Aguilar y Guerrero: tres náufragos entre la palabra y el silencio”, edición virtual del *Boletín América sin nombre*, Unidad de Investigación de la Universidad de Alicante, no. 9-10 (2007), pp. 98-108. Disponible en <http://biblioteca.universia.net>

² Narrado por Hugo Hiriart en “Las tentaciones del marqués”, *Revista de la Universidad de México* 3306, p. 102.

³ Así lo sostiene Eugenio Aguirre en la más famosa biografía sobre Gonzalo Guerrero y así lo recuerda Antonio Ortega Ávila en una nota publicada el 11 de octubre de 2004 en el portal de Univision Online.

Recomendé hasta el cansancio, a cuantos pude, que vieran la obra. La lectura del texto definitivo y recién publicado —aunque los textos dramáticos no alcancen nunca a reflejar la densidad estética de la puesta en escena— ha terminado por revelarme algunos aspectos en los que no había reparado y ha sembrado nuevas preguntas en mi mente y mi corazón.

Haré aquí solamente tres comentarios: uno sobre la significación de la tradición de Gonzalo Guerrero a la luz de una hermenéutica actualizada, otro sobre el peso femenino en el esperpento de Enríquez y, finalmente, una palabra breve sobre las citas literarias y autobiográficas del autor.

Gonzalo Guerrero y la evocación de los nadies

La reflexión sobre Gonzalo Guerrero es siempre desafiante porque se sitúa en el campo de la identidad, de la confrontación con un pasado que nos marca. Pensar a Guerrero es mirar hacia nuestras raíces. Curiosamente, la figura de Guerrero, al igual que nuestra identidad como pueblo y como nación, está siempre en construcción. A diferencia del caso de Francisco del Puerto, cuyo nombre no aparece entre los que regresaron a España ni entre los que murieron en el Nuevo Mundo —lo que hace suponer que se quedó en medio de los indios—, en el caso de Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar los



pocos datos con que contamos emergen, al menos en el caso de Guerrero, de un silencio que no parece casual.

Me explico. Hernán Cortés, en sus *Cartas de Relación*, casi no nombra a Guerrero ni a Aguilar. La razón es sencilla: Cortés quiere ocuparse en su relato de Grandes Hombres, entre ellos, destacadamente, él mismo. Pero aun Bernal Díaz del Castillo y Diego de Landa, que hablan de los dos naufragos, se explayan en la figura de Jerónimo de Aguilar (citado, por poner un ejemplo, más de cincuenta veces en el relato de Díaz del Castillo) y dicen bastante poco de Guerrero.

Diego de Landa, en su *Relación de las Cosas de Yucatán*, dice de Aguilar que:

[...] era *buen cristiano* y tenía unas horas por las cuales sabía la fecha [...]. Éste *se salvó* con la ida del marqués Hernando Cortés [...] y Guerrero, como entendía la lengua, se fue a Chectemal [...]. Allí le recibió un señor llamado Nachancán, el cual le dio a cargo las cosas de la guerra en que tuvo muy bien, venciendo muchas veces a los enemigos de su señor, y que enseñó a los indios pelear [...] y que con esto y con tratarse como indio, ganó mucha reputación y le casaron con una muy principal mujer en que hubo hijos; y que por esto *nunca procuró salvarse* como hizo Aguilar, antes bien labraba su cuerpo, criaba cabello y harpaba las orejas para traer zarcillos como los indios y es creíble que fuese idólatra como ellos [...]. Aguilar, recibida la carta [de Cortés], atravesó en una canoa el canal entre Yucatán y Cuzmil y [...] viéndole los de la armada fueron a ver quién era; y [...] Aguilar les preguntó si eran cristianos y respondiéndole que sí, y españoles, lloró de placer y puestas las rodillas en tierra dio gracias a Dios [...]. Los españoles lo llevaron a

Cortés así desnudo como venía, el cual le vistió y mostró mucho amor; y [...] Aguilar contó allí su pérdida y trabajos y la muerte de sus compañeros y cómo fue imposible avisar a Guerrero en tan poco tiempo por estar más de ochenta leguas de allí [...].⁴

Aguilar, hombre de fe cristiana, se habría salvado mientras que Guerrero parecía como predestinado a la idolatría. Todas las crónicas son en esto concordantes: Guerrero habría tomado una decisión bárbara, contranatural, inexplicable, frente a la sensatez de Aguilar. Toda la novelística del siglo XIX mantiene esta visión, con la única excepción de la novela *La cruz y la espada*, de Eligio Ancona.⁵

Tuvo que llegar don Fernando Benítez en 1950 para dar una nueva lectura. En *La ruta de Hernán Cortés*, Jerónimo de Aguilar “no tiene vocación de naufrago. Apocado y falto de iniciativa, desde el principio se resigna a no ser otra cosa que un esclavo [...]. Algunos cronistas han querido ver en él, si no a un santo, por lo menos a un beato, y hasta se intentó poner su vida como ejemplo y enseñanza de naufragos disolutos [...]. Llega incluso a olvidarse de su español: su única lectura es la de su inseparable libro de horas, escrito en latín [...]. Pero, bajo la apariencia de indio, vive insobornable su espíritu de occidental. No ama la tierra que le ha deparado el destino, ni se mezcla a sus hombres, ni deja huella fecunda de su paso. Es en todo mediocre [...]”, mientras que Gonzalo Guerrero, “marinero iletrado, aunque su nombre y el de su descendencia se hayan perdido, quedará como el del primer español que sintió el llamado de nuestra patria. Fue el primer desarraigado europeo que unió sus desti-

⁴ Monclém Ediciones, México, 2000, pp. 26-31.

⁵ Editorial Yucatanense, Mérida, 1950.

nos a los de una india anónima, y sus tres guapos chicos, asimismo, nuestros primeros mestizos [...]”.⁶

Detrás de ese largamente sostenido desprecio por Guerrero se esconde el desprecio hacia nuestras raíces indígenas. Cronistas e historiadores han dejado de ofrecernos valiosos datos por una decisión de tender un velo de silencio sobre el padre del mestizaje. Guerrero ha sido convenientemente silenciado en las fuentes más antiguas, ha desaparecido de la historia. La noticia misma de su decisión libre de quedarse en tierra de indios, de hacerse uno de ellos, resultaba peligrosa y des-educativa. Tal infracción al orden, a la verdad y a la civilización podría convertirse en un mal ejemplo, un acto de subversión. La historia es, una vez más, la historia de los vencedores, silenciando la visión de los vencidos.

El mismo silencio se extiende sobre el pueblo maya de hoy. Nadie los ve, nadie los escucha, son socialmente invisibles. Se proyectan leyes “para los mayas”, sin consultarles. Se toman decisiones en su nombre, después de despreciarlos en las decisiones de política pública. Se les exhibe como atractivo turístico y se les ignora en todos los otros campos. Los mayas solamente existen si renuncian a ser lo que son y se asimilan al resto de la sociedad. Su arte es artesanía. Su religión es superstición. Su idioma es dialecto. Con acierto el equipo Indignación le puso a su primer informe sobre el estado que guarda el reconocimiento, respeto y ejercicio de los derechos del pueblo maya en Yucatán, publicado en 2006, el título de *Aj Mix Máako’ob*: “los nadie”.

Pero el silencio sobre Gonzalo Guerrero ha terminado por ser fecundo. La intención de acallar la acción de Guerrero ha dado como fruto innumerables intentos de reconstruir la historia, de devolverle la voz, de dialogar con nuestro pasado. *Guerrero en mi estudio* es, desde la dramaturgia, una más de esas voces dialógicas, una palabra clara en medio de un barullo ininteligible que tiene su expresión en la pregunta de don Alonso: “Gon... Gon... No... ¿El que tiene su estatua aquí en Mérida, entre Sam’s, Home Depot y la Gran Plaza?”.

Narrar una historia del pasado significa siempre escribir sobre el presente. Ésa es la virtualidad mayor de las artes literarias. La apuesta de *Guerrero en mi estudio* es invitarnos a lanzar una mirada que, del Guerrero auténtico, baje hasta el presente, el de las mayas invisibles detrás de un puesto del mercado municipal o el de los niños y niñas de la zona rural que, como generosa política pública, reciben la dádiva de una chamarra y un par de zapatos. Un rumor proveniente de las montañas chiapanecas nos advierte que la construc-

ción del México que queremos, aquel en el que tendrán cabida todos y todas, el de la libertad y la justicia, vendrá de la mano de la dignidad rebelde de los nadie, de aquellos que para ser notados han tenido que cubrir sus rostros.

El padre del mestizaje... ¿y la madre?

Vivimos en una sociedad patriarcal. Y eso se nota incluso en la manera como tratamos el pasado. Uno puede encontrar, si coloca en algún buscador de la red “padre del mestizaje”, cientos de referencias a Gonzalo Guerrero. Si coloca, en cambio, “madre del mestizaje”, el noventa por ciento de los hallazgos hacen referencia a... ¡la Malinche! O sea que el padre del mestizaje, Gonzalo Guerrero, parece haber hecho las cosas todas por sí mismo, sin necesidad alguna de mujer.

A esto se refiere el arqueólogo Alfredo Barrera Rubio cuando, haciendo un comentario en torno al monumento meridano a Gonzalo Guerrero (sí, aquel que está entre Sam’s, Home Depot y la Gran Plaza), afirma:

Gonzalo Guerrero es merecedor de un reconocimiento social, pero su figura no debe de opacar a la de la madre del mestizaje, la mujer maya. El monumento que comentamos no ha estado exento de críticas, por este último aspecto, señalado en alguna ocasión al suscrito por el profesor Antonio Betancourt Pérez, fallecido hace algunos años. La escultura relega a un plano de inferioridad a la indígena maya, ya que a los pies de Gonzalo Guerrero se esculpió una pequeña representación, de poca relevancia, de una madre anónima del mestizaje. Lo anterior nos lleva a reflexionar y preguntarnos si no tuvo similar trascendencia histórica la mujer nativa en el origen del mestizaje y por qué no darle igual relevancia que al padre. ¿Es acaso este monumento, como muchos otros de nuestra avenida principal, reflejo de la dominación histórica del pueblo maya y su posición subalterna contemporánea? Sin negar la importancia de esta obra artística, que engalana la avenida principal de Mérida, es indudable que se requiere de la dignificación de la madre del mestizaje en América”.⁷

El peso de Zazil Ha en *Guerrero en mi estudio* es impresionante. Acentuado en la puesta en escena por la recia figura de Socorro Loeza, el personaje de la madre del mestizaje no sólo es omnipresente, sino también el

⁶ FCE, México, 1964, pp. 98-102.

⁷ “El Monumento a Gonzalo Guerrero”, en la versión virtual del *Diario de Yucatán*, www.yucatan.com.mx/especiales/montejo/estatua_gonzaloguerrero.asp

que da el rumbo de la reflexión de fondo: “Porque hemos de volver, y eso está escrito [...]”.

Es también ella la que desvela los entresijos biográficos y literarios de la pieza. A la pregunta que Alonso les dirige: “¿Por qué vinieron a mi vida... a esta obra?”, Zazil Ha se complace en tratar de distinguir claridad en medio del caos: “¿A tu obra o a tu vida? Porque ésta es una obra que tú estás escribiendo, ¿no?”.

Es Zazil Ha la que alumbra la comprensión del espectador para indicar que, detrás de este esperpento, se esconden preguntas y sentimientos cruciales para los seres humanos de este tiempo, particularmente para los hijos del mestizaje: “Pero escuché gemidos. Mucho más debajo de los pensamientos y hasta de los sueños... Oía voces crispadas que necesitaban encontrarse con caras como mi propia cara. Gemidos de quienes sentían vergüenza al verse en los espejos”.

Es Zazil Ha, finalmente, la que ofrece el broche de cierre de toda la pieza. Sobrecogen sus palabras, desgranadas en la dulce lengua de los mayas: “Weey lu’ume’, tu lakle tunicho’ob kílilicho’ob... Bey menchaji le uchben nojoch najo’ob, bey kun lik-sal le kan bin beeto’on... En esta tierra todas las piedras son sagradas... Así se construyeron los templos antiguos y así vamos a levantar los del futuro”. Y los templos del futuro, esos de la casa grande para todos y todas, tendrán que ser construidos a fuerza de golpes de cincel. Nada nos será regalado, parece decirnos Zazil Ha, que desde su experiencia de doble opresión, indígena y mujer, nos revela el camino por el que los habitantes de los pueblos originarios podrán sentarse a la mesa común. Y lo hace con gracia cuando, a la pregunta del Guerrero Falso: “¿Por qué casi nunca hablas?”, responde: “No, si yo sí. Pero tú no me oyes. No existo para ti. Ni siquiera me invitaste a esta obra tuya. Yo entré por donde pude”. Y cuando, en una especie de *crescendo* del

diálogo, el Falso Guerrero asesta la pregunta: “¿Te metiste en plan de reconquista?”, Zazil Ha pregunta al público de manera reveladora: “¿Le tienes miedo a mi venganza...?”.

El futuro, no cabe duda, viene de la mano de las mujeres. De esa acumulación de sufrimientos que el sistema trata de asentar sobre los hombros femeninos: mujer, indígena, pobre... ha de surgir la ráfaga de luz que, como cantaba una muchacha que vivía en una insignificante aldea de Galilea, derribe del trono a los poderosos y encumbre a los pobres, colme de bienes a los hambrientos y despida a los ricos con las manos vacías. Así lo ha enseñado también la historia reciente, la de las nuevas Zazil Ha que se esconden en las montañas del sureste mexicano. Así lo enseñó la comandanta Ramona cuando dirigió las filas insurgentes que tomaron San Cristóbal de las Casas en la mañana del 1 de enero de 1994.

“Pequeña de estatura, morena como el color de la tierra, ojos de obsidiana, corazón del Ejército Zapatista de Liberación Nacional [...]. La Comandanta Ramona, mujer tzotzil, tejedora de historias, soplido del caracol marino, viento que canta y va del centro del universo indígena a los costados del alma planetaria, de la resistencia a la organización, del silencio que habla a la palabra que calla”.⁸

No podemos más que agradecerle a *Guerrero en mi estudio* que el padre del mestizaje aparezca siempre al lado de la madre a lo largo de la obra. Zazil Ha es, en el pasado y en el presente, la síntesis de todas nuestras preguntas y el atisbo, así sea tímido, de todas nuestras respuestas. Lo decía el Sup Marcos el día que anunció la muerte de Ramona: “En este caso

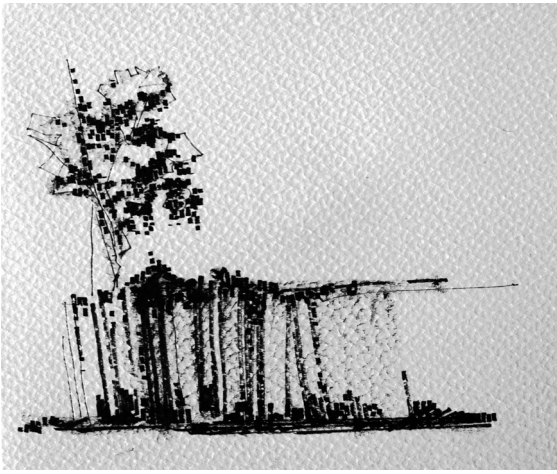
es muy difícil hablar, pero lo que puedo decir es que el mundo perdió a una de esas mujeres que paren nuevos mundos, México perdió una de esas luchadoras que le hace falta y a nosotros nos arrancaron un pedazo de corazón [...]”. Olvidar a Zazil Ha habría significado el parto de un mundo incompleto, injusto en sus mismas estructuras. Lo dice ella en una escena estremecedora: “Esta sangre de ustedes era nuestra. O esta sangre nuestra era de aquéllos. O esta sangre vertida por ellos, que era de ellos y nuestra, se fundió con la que traíamos desde siglos en las venas...”. Zazil Ha es el hilo de Ariadna de toda la obra, brújula en tiempos ciegos, porque, aunque ella misma no tenga plena conciencia de ello, nombra lo indecible y nos arrastra irremediablemente a la identificación de aquel monstruo, mitad humano y mitad bestia, el minotauro que tenemos que derrotar.

Alonso El Malo, el metarrelato y la técnica del álter ego

José Ramón Enríquez es un especialista en eso de hablar con los muertos. Lo ha hecho con autores clásicos, con Tennessee Williams, con la ciencia y la literatura de épocas recientes. En *Guerrero en mi estudio*, Enríquez



⁸ Así la describe Ricardo Martínez Martínez en el anuncio mortuario publicado por el portal electrónico *Rebelión* la mañana del 9 de enero de 2006.



dialoga no solamente con los clásicos que hablan sobre Guerrero: Díaz del Castillo, Landa, Cogolludo, sino también con los novelistas que han recreado al personaje: Fuentes, Aguirre y otros. Este diálogo ininterrumpido es, quizás, una de las características de la dramaturgia de José Ramón.

La escena VIII de *Guerrero en mi estudio* es un vademécum extravagante de citas, desde la película *Ghost* hasta Borges, pasando por Panero, Cavafis, Gordimer y Bowles. El intercambio de Alonso con la psiquiatra en la octava escena es delicioso, aunque Alonso deba disculparse de antemano señalando: “Perdone que siempre cite, pero lo único que tengo realmente mío son fragmentos de voces. No sé cuándo los escuché. Pero ahí están y los tengo pegados en desorden en eso que mantengo de memoria”.

Y es que nuestra vida toda es una cita. Escuchamos tras nuestras palabras el eco de los pasos andados antes de que nosotros nacióramos. Nuestra capacidad expresiva se alimenta de lo que han dicho otros. Así, y no de otra manera, es como se construye la sabiduría milenaria. Ya lo decía recientemente con acierto Federico Campbell:

¿Cómo se construye bien temperado un discurso en el que aparecen en su justo lugar y en el momento exacto las ideas y las emociones? Respuesta: cuando se tienen asimiladas miles de lecturas desde que uno es muy joven. Las ideas, el pensamiento, la imaginación, la claridad, la capacidad de articular o concatenar emociones e ideas, el talento para poder expresarlas, son sólo posibles en la sostenida conversación con los muertos, es decir, con los autores del pasado que desde el libro nos hablan.⁹

Lo que no es tan común es que el autor dialogue en

una obra consigo mismo. Ciertas partes de *Guerrero en mi estudio* repiten temas personales recurrentes en la obra de José Ramón: Dios, la migraña, el olvido, la muerte. Pero ésta es la obra, de las que he visto, en la que el autor se esmera en construir lo que ahora pomposamente se llama “metarrelato”. Me refiero a lo que hace, por ejemplo, Silvio Rodríguez, por citar a un compositor hartamente conocido, en su canción “Playa Girón”. Dice Silvio: “Compañeros poetas, tomando en cuenta los últimos sucesos de la poesía, quisiera preguntar, me urge: ¿qué tipo de adjetivo se debe usar para hacer el poema de un barco sin que se haga sentimental, fuera de la vanguardia o evidente panfleto, si debo usar palabras como ‘flota cubana de pesca’ y ‘Playa Girón?’”. Y uno se imagina al poeta cubano hurgando en su memoria y en su habilidad expresiva la mejor fórmula para transmitir lo que siente. El metarrelato está construido: la canción se construye hablando justamente acerca del proceso que el autor siguió para hacerla.

Algo así refiere José Ramón Enríquez en esta obra. Quienes han escrito sobre Guerrero han hablado siempre en tercera persona si son cronistas, lo cual otorgaría mayor veracidad a lo que afirman, o en primera del plural, para indicar la pertenencia a un mismo destino, si son historiadores. El discurso dramático tiene aquí mucha ventaja porque es un discurso multifacético. No solamente hablan el Guerrero Verdadero y Zazil Ha, protagonistas de la historia más remota. Hablan también el Guerrero Falso y don Alonso. Pero éstos últimos, salta a la vista, son una especie de álter ego del autor.

¿Se conservarán estos guiños personales, presentes en el metarrelato, cuando la pieza sea montada en otras latitudes y en otros idiomas? No lo sabemos. Lo veo difícil, dado que no es un simple asunto de traducción, sino de connaturalidad entre el espectador y el texto. Son los misterios de la nueva categoría que se sitúa entre lo global y lo local: la glocalidad.

Mientras la obra se difunde y la historia responde por sí sola a esta interrogante, felicitemonos de conocer personalmente al autor, de estar al tanto de sus migrañas, de haber visitado alguna vez su casa, al sur de la cual se encontraba el cementerio de indios, y de coincidir con él en muchas de sus pasiones. No siempre ocurre que el espectador pueda mirar la expresión dramática con unos anteojos parecidos a los del autor. Es una cosa más que hay que agradecerle a la vida y a la decisión afortunada que José Ramón Enríquez tomó al venir a poner su casa entre nosotros. ~

⁹ Campbell-Oviedo, “Los primeros días de Obama”, *Letras Libres* 135, junio de 2009.